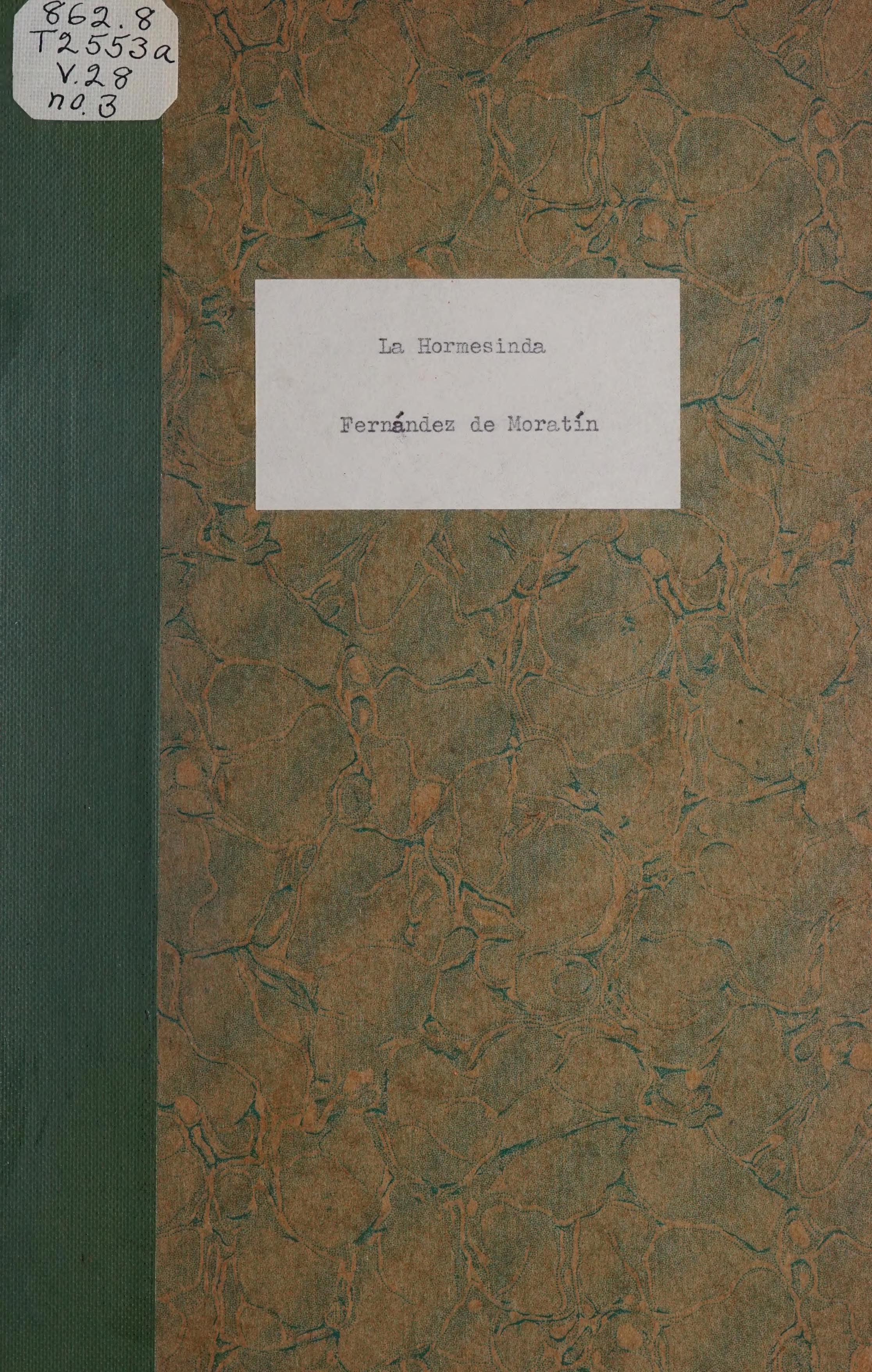


La Hormesinda

Fernández de Moratín


a 00003 687415

TRAGEDIA.

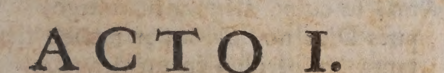
ORMESINDA,

CINCO ACTOS.

ís Fernandez de Moratin, Criado de S.M.

ACTORES.

Pelayo, *Vicente Marino*
Hormesinda, *Señora Maria Ignacia Ibañez.*
Trasamundo, *Joseph Espejo.*
Gaudiosa, *Señora Mariana Alcazar.*
Elvira, *Señora Vicenta Cortinas.*
Perrandez, *Eusebio Ribera.*
Munuza, *Simon de Fuentes.*
Zulema, *Thomás Carretero.*
Tulga, *Vicente Galván.*
Guardias de Menuza.
Guardias de Pelayo.



ACTO I.

SCENA I.

Salen Hormesinda, y Elvira.

Elv. Bella Hormesinda, templa el sentimiento,
suspende tu continuo, y triste llanto;
da lugar al consuelo, amada, y tanto
no llores, y suspiras, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en volver à Gijón: su brazo heroyco
dexará la insolencia castigada
del tirano Munuza: tú vengada
por su acero serás: no desconfies,
y vuelve à serenar el rostro bello,
que contemplan los miseros Christianos
como unica señal de la fortuna.
La miseria en que gimen importuna
consuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, su asylo, y su esperanza;
y así, porque su aliento no desmaye,
suspende el llanto, esfuerza la alegria.

Horm. Cómo podré alegrarme, Elvira mia,
ni cómo facil es que se consuele
la infelíz Hormesinda, que infamada
se mira por un barbaro villano?

Elv. No es qual juzgas tan aspero tirano,
su mucho amor cegó su entendimiento,
y atropelló con fino atrevimiento
por lo que otro galán no atropellára
que no fuese tan ciego, y tan amante;
pero te dió satisfaccion bastante
en el modo que pudo, pues ufano
solo aspiró à la dicha de tu mano.

Horm. Y cómo era posible que pensára
un Moro vil, infame, y atrevido,
entre tostados Arabes nacido,
llegar à conseguir fuera su esposa
la hermana de Pelayo? El Gran Pelayo,
que en las funestas margenes del Lete
al Africano Exercito fue rayo.
Un Moro, que en escuela abominable

TRAGEDIA.

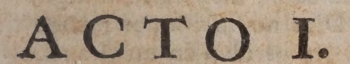
LA HORMESINDA,

EN CINCO ACTOS.

De D. Nicolás Fernandez de Moratin, Criado de S. M.

ACTORES.

Pelayo, Vicente Marino
Hormesinda, Señora Maria Ignacia Ibañez.
Trasamundo, Joseph Espejo.
Gaudiosa, Señora Mariana Alcazar.
Elvira, Señora Vicenta Cortinas.
Perrandez, Eusebio Ribera.
Munuza, Simon de Fuentes.
Zulema, Thomás Carretero.
Tulga, Vicente Galván.
Guardias de Menuza.
Guardias de Pelayo.



ACTO I.

SCENA I.

Salen Hormesinda, y Elvira.

Elv. Bella Hormesinda, templa el sentimiento,
suspende tu continuo, y triste llanto;
da lugar al consuelo, amada, y tanto
no llores, y suspiras, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en volver à Gijón: su brazo heroyco
dexará la insolencia castigada
del tirano Munuza: tú vengada
por su acero serás: no desconfies,
y vuelve à serenar el rostro bello,
que contemplan los miseros Christianos
como unica señal de la fortuna.
La miseria en que gimen importuna
consuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, su asylo, y su esperanza;
y así, porque su aliento no desmaye,
suspende el llanto, esfuerza la alegria.

Horm. Cómo podré alegrarme, Elvira mia,
ni cómo facil es que se consuele
la infelíz Hormesinda, que infamada
se mira por un barbaro villano?

Elv. No es qual juzgas tan aspero tírano,
su mucho amor cegó su entendimiento,
y atropelló con fino atrevimiento
por lo que otro galán no atropellára
que no fuese tan ciego, y tan amante;
pero te dió satisfaccion bastante
en el modo que pudo, pues ufano
solo aspiró à la dicha de tu mano.

Horm. Y cómo era posible que pensára
un Moro vil, infame, y atrevido,
entre tostados Arabes nacido,
llegar à conseguir fuera su esposa
la hermana de Pelayo? El Gran Pelayo,
que en las funestas margenes del Lete
al Africano Exercito fue rayo.
Un Moro, que en escuela abominable

los Dogmas aprendió torpes, y rudos,
con que enſeña faláz ſu errada Secta
la falſa Religion del vil Profeta,
pudiera preſumir que una Chriſtiana
le admitiera por digno de ſus brazos
ſacrilega con no licitos lazos?
Ay Elvira! mi barbara fortuna
dió tanta libertad à ſu deſeo,
ſin poder los Chriſtianos reſiſtirlo.
El verme en el ultrage que me veo
le preſtó alientos. Quién me lo dixera
à mí, quando el obſequio deſdeñaba
de tanto Conde Godo? Quando fiera
deſpedí eſpoſos nobles en la Galia,
y me negué à los Principes de Italia.
Ah memoria! Ah memoria! qué tormento
tan barbaro me das! No ſoy yo aquella
por quien mas de una vez la Real Toledo
de Principes auguſtos ſe poblaba?
No ſoy la que los ánimos prendaba
à un tiempo de los Godos, y Eſpañoles?
Pues cómo (ay de mí!) pudo un falſo Moro
prender mi libertad con torpe ñudo?
Cómo aſpirar à ſer mi eſpoſo pudo
quien no merece ſer eſclavo mio?
Yo, de la ſangre Aſtura deſcendiente,
con la Real caſa Goda emparentada;
Yo Eſpañola, y Chriſtiana: Yo hija amada
de Luz, y de Favila: Yo heredera
de mil Cantabros Pueblos, y Aſturianos,
que la vida expondrán por ſu Señora,
y en cautiverio vil me miro ahora!

Elv. Conſolarte, Señora, ya procura.

Hor. Que aſi ſe ha malogrado mi hermoſura!
O Cielo Santo! O temeroſo dia!
qué lobrego amanece! qué funeſto
à una alma triſte agena de alegria!
Ay! cómo yo me acuerdo del paſado
tiempo felíz, en que haſta el Rey Rodrigo
ſe vió por mi deſdén martirizado!
Quántas veces de embidia fue tocada
con deſeſperacion la hermoſa, y linda,
aunque infelíz, belliſima Florinda!
Quántas veces de mí fué reputada
por infelíz! Mas ay! O quántas veces
vengo à ſer yo mas que ella deſdichada!
Es eſta la fortuna que embidiaron
quando mis fieros emulos juzgaron
que el Thálamo Real yo le ocupaſe,
deſpreciadas las prendas de Egilona,
y eſtimé en poco entonces la Corona.

Elv. Conſuelete, Señora, la deſdicha
comun que lamentamos: no eres ſola
ya ves la Nacion inclita Eſpañola
en ſu Patria cautiva, y ſojuzgada
por la canalla vil que Africa embia:
Quién ignora el conflicto, y agonía
de aquella horrenda, y pertináz batal
que de nueſtra priſion la cauſa ha ſido?
Hay por ventura alguno, à cuyo oído
nueſtra infelicidad no haya llegado?
No ſe eſcucha en deſierto, ni en poblad
ſino quejas, y miſeros lamentos
de madres infelices, y de eſpoſas,
que vagando afligidas, y lloroſas
en vano con ſu voz hieren los vientos.
Los hijos de los padres ſeparados,
en hondas, y obſcuriſimas mazmorras
lloran ſu deſventura encadenados:
Los Templos, los Altares profanados,
ſirven ya de Peſebres, y Mezquitas.
No huvo infamias horrendas, ni maldita
que no exerciese el barbaro enemigo;
mas ſu culpa aſegura ſu caſtigo,
pues Dios no ſufrirá por mucho tiemp
tanta proſperidad en un tirano.
Acaſo no eſtá lexos ya tu hermano
en cuyo amparo el Cielo ſe deſvela,
y él pondrá fin à tu dolor acervo.

Horm. Eſa eſperanza ſola me conſuela.
Mas qué dirá (ay Elvira!) quando llegu
à comprender Pelayo mi deshonra?
Qué dirá quando entienda que engañad
con fingidas promeſas, fue embiado
à Cordova à tratar aleves paces?
Ah Munuza! Ah Munuza! qué bien hace
en alejarle aſi! Mas qué ſangriento
Cataſtrophe te eſpera! Quán ſediento
de ſangre arrancará la eſpada fuerte!
el eſtrago menor ſerá tu muerte.
Pero con qué verguenza iré delante
de Pelayo à contarle mis afrentas?
En vano, en vano, ò corazon, intentas
esforzarme à decirlo; mas ſi callo,
muerte, y infamia en mis ſilencios hallo.
Toda ſoy confuſion, horror ſoy toda.

El-

Elv. Munuza, y Tulga de la ſangre Goda
baſtardo deſcendiente, y renegado
de la Chriſtiana Ley, que ha abandonado,
ácia aqui ſalen.

SCENA II.

Munuza, Tulga, y dichas.

Mun. Adorada Infanta,
te vas porque yo vengo? Qué te eſpanta?
No me preſento del acero armado,
feróz Guerrero, con ſemblante ayrado;
ſumiſo buſco tu Real clemencia
para lograr el fin apetecido,
por que tanto anhelaron mis deſeos,
de nueſtros empezados hymeneos.

Horm. Munuza, ſi con fuerza, y rito impío,
puedes llamarte al fin eſpoſo mio,
qué mas quieres de mí? Ya ſe ha acabado
quanto en mí cabe: y ojala no fuera
jamás nueſtro hymeneo comenzado.
Permiteme llorar: ſi mi hermoſura
es contigo qual dices poderoſa,
dexame lamentar mi deſventura.
Imaginas que poco has conſeguido?

Mun. Juzgo, q̃ nada, ò que muy poco ha ſido,
mientras no logre ver tu roſtro bello
bañado en alegria. Qué? Es poſible
q̃ aun no obligó à tu amor la aficion mia?
Que no te he de mirar ſin confuſiones,
ſin lagrimas, ſuſpiros, ni lamentos?
Que no han de tener fin tus ſentimientos,
que acriſolan mi amor, y fée? Que nunca
con parpados enjutos he de verte?

Horm. Verás primero mi violenta muerte,
que un agrado: mi Ley no lo permite:
antes al centro infiel me precipite
mi deſgracia, que yo dé ſeña alguna
de no acuſar tu arrojo temerario. (trario

Mun. Yo, Hormeſinda, juzgué muy al con-
de mi amor verdadero, y tu nobleza.
Juzgué que mas prudente tu belleza
no olvidaria el blaſón de agradecida:
ſé que de mi piedad es dón tu vida,
y no lo reconoces.

Horm. Ah inhumanos!
que en no matando, imaginais dar vida!
eſta es la condicion de los tyranos,
y eſta es, Moro, la tuya.

Mun. Yo amoroſo
no he podido hacer mas que ſer ſu eſpoſo,
y tú me has deſpreciado: el gran Mahoma
me es Teſtigo fiel, que abandonada
mi lealtad, y fée, de eſtas Regiones
te quiſe hacer jurar Reyna, y Señora,
poniendo afectuoſiſimo en tu mano
el Cetro del Calipha Soberano,
quando abatí à peſar de tu fortuna
à tus pies mi ſobervia, y media Luna.
Eſtas ſon las injurias recibidas
por mí: y en recompenſa tú me premias
con no correſpondientes galardones.

Horm. No malogres, Alcayde, tus razones
con quien no entender puede ſu eficacia,
pues no ſoy yo abſoluta: tengo hermano,
y acaſo de Gijón ya eſtá cercano.
El ſabrá tus razones, y las mias,
y pues en tu bondad tanto confias,
de tus obras eſpera ciertamente,
que el premio te dará correſpondiente.
Vamos, Elvira.

Elv. Sigote, Señora.

SCENA III.

Munuza, y Tulga.

Tulg. Querrás, Señor, deſengañarte ahora?
Eſtás ya ſatisfecho? No conoces
la indomita ſobervia de eſta gente?
Deſpechada, qué dudas que ella intente
ſino tu perdicion? No, gran Munuza,
tengas ſeguridad de tu enemigo,
tu vida la aſegura ſu caſtigo.

Mun. Yo le prometo, y tal, que aſombro ſea
de mugeres ingratas à la dicha,
que en ellas Alá Santo en vano emplea.

Tulg. Y aun ſi evitar pretendes tu ruína,
fuerza es que muera, y tu rigor ſe abona,
pues muger ofendida no perdona.
No advertiſte quán fiera, y confiada
pone las eſperanzas en ſu hermano?
No te he dicho mil veces que es en vano
con la ſanta piedad rogar à gentes
que ponen en las armas ſu fortuna?
Menguará la triumphante media Luna
ſi olvidas el rigor, y ſino arrancas

de raíz la femilla aqui efcondida
en la fragofidad de eftas montañas.
Mun. Nuevo afombro he de fer de las Efpa- (ñas.
Tulg. La reconciliacion jamás efperes
con ellos, pues fu ley fe lo prohibe.
Rencor eterno en fus entrañas vive,
y yo fiempre juzgué por fofpechofa
la condicion altiva de Pelayo.
Mun. Defde q̃ en campos de Xeréz fue rayo
deftrozando las hueftes Africanas,
no fé con qual horror, con qual afombro
contemplo fu femblante; me parece
que algun terrible fin me vaticina:
mas yo pondré por obra fu ruína
fegun hemos tratado: ya, qual dixe,
por la poftrera vez la he fuplicado,
y al ver tanto defdén, el amor mio
en aborrecimiento fe ha trocado.
Tulg. A eftas gentes irrita la clemencía
en lugar de obligarlas: no prefumen
que cumplen con fu ley, fino aborrecen
con mortal ódio à quantos Agarenos
figuen el Alcorán de tu Profeta.
Jamás entre ellos fin defprecio, y rabias,
efcandalo, y horror, tu nombre fuena.
No prefumas que ignore ya Pelayo
quanto ha pafado: acafo la venganza
viene fobervio ya premeditando.
Mun. Y qué aprovechará fu atrevimiento
contra el poder de la Africa, que rijo
como Gobernador de eftas Regiones?
Vive Alá facrofanto, que al momento
que llegue, ha de fufrir violenta muerte
à los agudos filos de mi alfange.
Ni imagine tampoco que no alcance
à fu hermana ingratifima mi furia.
No blafonará, indemne de la injuria
que hizo en mí à toda la nacion Alarbe:
Tulga, por mas horrible, por mas grave
que el lance llegue à fer, tendrás aliento
de apoyar mis vaftifimas ideas?
Tulg. Efpero, gran Munuza, que aun no creas
lo que obrar me verás: tan grandes cofas
de mi altivéz, y efpiritu prometo:
pues ya previne las fingidas letras,
de lo qual foy Artifice excelente.
Moftrando unos papeles.
Mun. Pues yo à difponer voy, q̃ con fecreto
mis ordenes fe cumplan.
Tulg. Me es muy facil
faber el corazon de los Chriftianos,
pues aunque abandoné fus ritos vanos,
les ha mi fiel aftúcia perfuadido
que folo foy Apoftata fingido,
por penetrar la mente del Calipha,
y à fu intento fervir con el fecreto.
Mun. Premiaré con los brazos de Xaripha
tu lealtad: Yo, yo te lo prometo.

SCENA IV.

Tulga, y Trafamundo.

Traf. Si como dices, Tulga, fon tan fanas
tus internas ocultas intenciones,
recibe el parabien: Ya à eftas Regiones
el Cielo nos conduxo al gran Pelayo.
Como quien vuelve de un mortal defma- (yo,
los miferos Chriftianos foragidos
recobran los efpiritus perdidos
folo en ver à fu Principe.
Tulg. Y es cierto
que Pelayo de Cordova ya ha vuelto?
Traf. Pues qué no lo acredita mi alegria?
No te lo dice el corazon, que viene
quien nos ha de librar de tyranía?
No te alegras que al fin haya venido?
Tulg. Noticia para mí guftofa ha fido;
mas dilatar no puede mi fineza
el ir à faludarle. Trafamundo,
permiteme ir à ver à nueftro Infante.

SCENA V.

Trafamundo, y Gaudiofa.

Gaud. Cofa notable ha fido, que al inftante
Pelayo echó de menos à fu hermana.
Traf. No lo eftraño, Gaudiofa, pues la fangre
avifa al corazon: Qué cortefana,
y dulcemente habló! Pero aqui viene.
Mira, hija mia, al joven valerofo,
reftaurador infigne de fu Patria,
que el Cielo deftinó para tu efpofo:
haz reverencia al Principe de Efpaña.

Pe-

SCENA VI.

Pelayo, Ferrandez, y dichos.

el. Mi admiracion, Ferrandez, no es es-
traña. (nido.
err. Aún no sabrá Hormesinda que has ve-
ras. Nuestro muerto placer ha revivido
con tu presencia: ya las esperanzas
de libertad renacen: qué tardanzas
tan largas nos privaron de tu vista?
and. Desde antes de la barbara conquista,
no lograron mis ojos el consuelo
de mirar tu semblante.
el. Sabe el Cielo
quán importunamente le he rogado;
pero ay de mí, Princesa! quán distintos
están los tiempos! Quánto yo he pasado
hasta llegar à conseguir el verte!
and. De nuestra adversa desgraciada suerte
cuentame los sucesos lastimosos,
pues no te puedo oír otras razones,
y te hallaste presente: dí, Pelayo,
de aquella pertináz batalla horrenda
el conflicto, la angustia, y el desmayo.
Refiereme quán barbaras Naciones
acaudillaba el arrogante Muza.
Quién fue aquel q̃ empezó la escaramuza,
y el primero rompió nuestras legiones?
Con qué armas Alcamán resplandecia?
Cómo eran los caballos que trahía
de Arabia, y Persia el Humaní sangriento?
Quien fue Olit? Quán robusto, y cor-
pulento
era el Caudillo? Cómo gobernaba
las inmensas Phalanges que mandaba?
Relatame, por fin, quantos estragos,
quantos horrores, quantos homicidios
haya hecho sin piedad con mano impía
por castigo del Cielo acá embiado,
Tarif, sobervio, y barbaro Soldado.
. Por qué me mandas q̃ renueve el triste,
lamentable dolor de aquella Historia,
que sirve de martyrio à la memoria;
pues tú lo sabes, y lo sabe el mundo?
Ni quien podrá sin lagrimas amargas
referirte, Princesa, la agonía,
y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad, y el horror confusamente
retiran de mi lengua las palabras:
Ni es posible tampoco que yo cuente
tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras alli mezclarse con espanto
los unos, y los otros, confundiendo
armas, y insignias con atróz desorden,
y en infernales coleras ardiendo.
Alli en sangriento estrago se miraban
mil lastimas, mil generos de muertes:
Alli los mas robustos, y mas fuertes,
en tierra con furor se revolcaban.
Siete veces el Sol, siete la Luna,
sin cesar admiraron el combate
de que pendió el aumento, ò el remate
de la Africana, y Gotica fortuna;
hasta que (ay Cielos!) al octavo dia,
O dia triste! O lugubre, funesto,
indigno de la luz del Sol divina!
Quién bastará con lagrimas, y voces
à ponderar el horroroso estrago
de aquel dia infelíz, y desastrado,
que ojala nunca entre los otros cuenten,
y perezca en olvido sepultado,
pues en él solo se amancilló toda
la altivéz, presuncion, y pompa Goda!
Al dia octavo: O Cielo! O suerte impía!
Me horrorizo diciendolo: O amada
Patria infelíz! O España desgraciada!
O gloria Goda! O generacion fuerte
de temidos varones! O Rodrigo!
O amor impuro, origen del castigo!
O antigua Religion! O culto santo!
No puedo referirlo sin que el llanto
confunda mis acentos: El infame
traydor Julian Apostata, y los hijos
del lascivo VVitiza, y el Prelado,
que entregó al voráz lobo el fiel ganado,
pasaronse al contrario. Desde entonces
fue la ruína total de los Christianos:
en montes transformandose los llanos,
de acinados cadaveres son pira.
Murió alli Atanagildo por la ira
del furioso Alboál: murió Ildefonso
al rigor de Muley: mi primo Andeca
el anima exaló por el impulso
de la diestra fatal del vil Audalla.
O al-

O almas nobles! que en esta cruel batalla,
no al valor, sino al numero cedisteis,
mi desesperacion, y arrojo visteis:
No vivo de cobarde: sed testigos
de que no evité el riesgo mas urgente.
No sé si fue cruel, ò fue clemente
conmigo el Cielo: entonces no le plugo
llevar mi vida: quiso que yo solo
quedase por testigo del sangriento
destrozo lamentable de mi Patria.
Me abalancé mil veces con intento
de morir, ni temblaba aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enrristrada
la lanza del Tarif ensangrentada.
Mas tú preguntarás, quál haya sido
el suceso del Rey: en tanto tiempo
como duró el combate, ni podido
verle yo habia: al fin se me presenta
casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ah Cielos! qué horrible, y demudado!
Ay de mí qual estaba! y quán trocado
de aquel Rodrigo, à quien Toledo Augusta
vió en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida, y adusta,
todo sangriento, y del sudor, y el polvo,
y heridas, con horror desfigurado.
La barba hierta, sucio, y erizado
tenia el cabello, que empapado en sangre,
agena, y propia en hilos destilaba.
Lloroso, triste, acongojado estaba
con el manto Real todo rasgado,
y la Corona ya no la tenia.
Del Carro de marfil saltado habia,
porque grandes montones de difuntos
el curso de las ruedas impedian,
y con largos gemidos, y profundos
tristisimos suspiros, sollozando
dice: O Pelayo! todo lo perdimos:
fuimos un tiempo Godos, y vencimos:
fue Toledo, fue España, fue Rodrigo;
mas Dios de mi lascivia por castigo
contra mí levantó quantas Naciones
la media Luna, en Africa, y en Asia
tremolan en sus barbaros Pendones.
A Damasco de Syria, y à la Arabia
el Gotico poder ha trasladado.
Huye, hijo de Favila, que encargado
te dexo el Reyno: tú eres la esperanza
de nuestra Religion, que yo he perdido
mas voy por mi castigo merecido,
pues injusto violé las Sacras leyes,
y en mi infortunio escarmentad, ò Reyes.
Dixo, y viendo à Tarif quan orgulloso,
con homicidios mil, iba insolente
gritando furibundo, à grandes voces,
dando aliento à sus barbaros Soldados,
para mas no volver ante mis ojos,
à matarle, ò morir determinado:
por el tropél de las confusas armas
batió el hijár à Orelia su caballo,
y se arroja al contrario, poderoso,
audáz, desesperado, y espantoso.
Yá à todas partes que me vuelvo, veo
mezclarse con mil llantos la ruína
del vando fiel, y el barbaro troféo.
Por el campo tendidos se veían
cuerpos de Capitanes, de Magnates
despedazados, y sangrientos bustos,
cadaveres de jovenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia
turbio ya con la sangre, los Penachos
los Caballos, y Escudos de Varones.
Ya el furor de las Arabes legiones,
roto el Campo, el Monarca fugitivo,
cebada el ansia en su riqueza inmensa,
tenia por el suelo destrozadas
las Tiendas de Rodrigo saqueadas.
Pero porqué en contarte me detengo
el suceso fatál? La gente Goda,
que la Roca Tarpeya humilló un tiempo
La que invencible sojuzgó, poniendo
coyunda à la cervíz del Capitolio,
cayò abatida: fue el honor perdido:
la Patria à esclavitud se ha reducido,
con mortandad horrible de sus fuertes
hijos amados: la Religion Santa,
que nuestros padres con fervor, y tanta
veneracion siguieron tantos años,
todo violado fue por los estraños.
Y asi lloran sus hijos profanados
los Templos Sacrosantos: los Altares,
y los Vasos Divinos ultrajados:
violadas las purezas virginales,
y la Nacion cautiva, y aherrojada
en poder mas sacrilego, y tyrano,

(sin

(ſin que Dios ofendido ſe lo eſtorve)
de la Nacion mas barbara del Orbe.
Todo, al fin, ſe perdió::Pero qué es eſto?
Princeſa te enterneces? Y voſotros
ſentís tambien el pecho laſtimado?

Traſ. De qué generacion ſerá engendrado,
de quál Oſa fieriſima nacido,
qualquiera que no ſe haya enternecido
habiendo nueſtra laſtima eſcuchado?

Ferr. Yo eſtoy abſorto, y todo conturbado.

Hormeſ. No puedo mas con mi dolor: O Patria!
O antigua libertad! O Rito ſanto!
dexadme retirar porque yo ſola
la rienda ſuelte amargamente al llanto.

SCENA VII.

Pelayo, Traſamundo, y Ferrandez.

Traſ. Si aqui finalizára el deſconſuelo,
fuera el daño menor: Pero ah Pelayo!
que aún hay mas grande mal.

Pel. Señor, qué dices?

Ferr. Mayor mal, Traſamundo, es impoſible.

Pel. Que aún tiene fuerzas el rigor del hado!

Traſ. Eſe gran corazon acoſtumbrado
prevenle para el golpe mas horrible,
que acaſo nunca habrás imaginado.

Pel. Si el haberſe mi hermana retirado
de mi preſencia, à tiempo que yo vengo,
es indicio fatál; ya me prevengo
à morir de dolor: mi vida acabe
al barbaro rigor de mal tan grave:
Dí, Traſamundo, que te oyré conſtante.

Traſ. Hay coſas que es preciſo dilatarlas,
y aſi perdona mi ſilencio, Infante,
que el reſpeto, y la afrenta me acobardan.
La cauſa de eſte mal, Munuza, ſabe:
de él te importa ſaberlo: mejor puede
que ninguno informarte.

Pel. Santos Cielos!
qué mas quereis de mí? No me baſtaba
ver lo viſto, llorar lo que he llorado;
ſino que quando al Puerto ya he llegado
juzgando hallar bonanza fugitivo
de la mar borraſcoſa, y turbulenta,
encuentro aqui mas braba la tormenta!

ACTO II.

SCENA I.

Pelayo, y Ferrandez.

Ferr. No te entregues, Pelayo, al ſentimiento
con tal obſtinacion: nueſtro contento
eſtriva ſolo en tí: tu roſtro miran
los miſeros Chriſtianos, que ſuſpiran
en vil eſclavitud, y ſi afligido
te imaginan, ſu zelo, ſu eſperanza,
y todo ſu valor eſtá perdido.

Pel. Si con la muerte el mal que me amenaza
pudiera remediar, dichoſa ſuerte
fuera la mia en conſeguir la muerte.

Ferr. Munuza de ſu gente acompañado
viene ácia eſte lugar: el retirarte
diſcurro que ſerá mas acertado.
No ſin la pompa, y tren correſpondientes
de dádivas, eſclavos, y preſentes
llegues à ſu preſencia: mucho abona
la oſtentacion, y fauſto à la perſona.

SCENA II.

Ferrandez, Munuza, Tulga, y Zulema.

Ferr. Pelayo, mi Señor, de ſu Embaxada
acaba de llegar, y la licencia
aguarda de ponerſe en tu preſencia.

Mun. No ſolo à mi permiſo, à mi deſeo
Pelayo es acrehedor: dí, que impaciente
el rato viviré que no le veo.

Ferr. Vendrá à gozar tal dicha preſtamente.

SCENA III.

Munuza, Tulga, y Zulema.

Mun. Ah! cómo ſus freneticos intentos
le atajaré yo pronto! Ah! quán ufano
le abatiré los altos penſamientos!

Zul. Todo quanto emprendieres, gran Munuza,
ſerá à tu valor facil: mi perſona
tus ordenes aguarda ſolamente
para que al vil Chriſtiano, al inſolente
necio deſpreciador de la fortuna
dé à entender, que à la Cruz de ſu Profeta

del nueſtro humillará la media Luna.
Mun. Su extermino fatál he decretado.
Zul. La beldad que Pelayo ha deſtinado
para ſu eſpoſa, ocupará mi lecho,
de todos los Chriſtianos à deſpecho,
ſi me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible ſolo doma
ſu viſta ſoberana, deſde el punto
que acaudillando la valiente Tropa,
que el ſagrado Alcorán à fuerza de armas
introduxo en los terminos de Europa,
ſu Palacio abraſé, que en las montañas
pueſtas al Septentrion de las Eſpañas
era defenſa à foragida gente;
pero ah Cielos! y quan mas vorazmente
mi pecho ſe abraſó con ſu hermoſura!
Mun. Zulema, el lograr de ella te aſegura
el ſuceſo felíz, que pronto eſpero.
Tulg. Si el parecer admites, que te ha dado
tu mas fiel, y ſumiſo conſejero,
preſto, Munuza, te verás vengado.
Mun. Su exterminio fatál he decretado:
el diſimulo importa ſolamente.

SCENA IV.

Pelayo, con varios preſentes. Munuza, Zulema, Ferrandez, Tulga, y acompañamiento de Moros, y Chriſtianos.

Pel. Gracias, Señor, al ſumo Omnipotente,
que ſalvo à tu preſencia me conduxo.
Mun. Pelayo, Alá te ſalve: no reuſes
admitir fino los eſtrechos lazos
con que te brindan mis amantes brazos.
Pel. En ellos ſe confirme la firmeza
de nueſtra amiſtad fiel, de la alianza,
y confederacion eſtablecida
entre noſotros. Alahor, que el mando
eſtá en nombre de Ulit exercitando,
por ſubſtituto ſuyo en las Eſpañas
ſalud, y paz de Cordova te embia.
Mun. A Alahor, y à Pelayo la fée mia
ſiempre agradecerá lo que es debido.
Pel. Pequeña mueſtra de ſu amor ha ſido
la fineza que ves: con ſer tan gtande
es menor que ſu afecto.
Mun. La fineza
mayor que pudo hacerme, fue embiarm
un amigo tan fiel, que tanto eſtimo.
Pero ah Cielo! Por qué no permitiſte
que reciba à Palayo menos triſte!
Pel. Qué te altera, Munuza? Qué? Imagin
que acaſo han blandamente afeminado
las delicias de Cordova mi pecho?
De nueſtra amiſtad firme el nudo eſtrech
aflojas, ſino rompes, acuſando
mi falta de valor con tu triſteza.
La pena mas horrible, la fiereza
de todos los abyſmos conjurados,
en vano aſaltarán mi pecho heroyco
à poder de trabajos inflexible.
Mun. Sé tu valor, tu eſpiritu invencible,
y tu ſangre real: eſo me aníma
à no eſcuſarte el golpe mas horrible
que imaginado habrás: no lo fiára
de menor corazon, aunque importára
mas, ſi poſible fuera, ni à otro alguno
aunque igual amiſtad con él tuviera.
Pel. No me tengas ſuſpenſo, ni impaciente
Mun. Tulga, Zulema, retirad la gente,
y todos deſpejad.
Pel. Ferrandez, pronto
mandalos apartar.

SCENA V.

Munuza, y Pelayo.

Mun. Eſtamos ſolos?
Pel. Segun parece nadie nos eſcucha.
Mun. Verás ſi de tu mal la cauſa es mucha
pero es tal, ò Pelayo! que recelo
que mi verdad peligre en tus oídos,
pues no parecen tal, ſino fingidos
por maligna traícion de amigo falſo
los ſuceſos que oyrás, ſin valor tienes
de eſcuchar una infamia tan horrenda.
Pel. Una infamia! Qué es eſto! Tan tremend
es mi ſuerte, que aun juzgas que me falt
conſtancia para oírla! Que es poſible
que no me faltó el animo, aunque vieſe
el ultimo conflicto de mi Patria!
Que he viſto con aliento no turbado
mi ſangre derramar! Que vi mi eſtado
con fuego arder: mis gentes degolladas
Cautivos los Chriſtianos infelices:

Las Basilicas santas profanadas,
y nunca me faltó valor heroyco;
y aun de mí dudas? Cómo tanto tarda
siendo tan grande el daño q̃ me aguarda?
Mun. Pues, gran Pelayo, no de alevosía
quiero que acuses tu la amistad mia,
que lo fuera muy grande mi silencio:
Tu persona, y estirpe reverencio,
y no es bien q̃ un borron en tí consienta.
Hormesinda, tu hermana, poco atenta
al decoro, y blasón de su prosapia,
que à costa de peligros tu mantienes,
fragil como muger, de los desdenes
no se armó, qual debiera: esto fue causa
de que (tu honor manchando) cometiese
el mas torpe, y mas vil de los deslices.
Pel. Tente, Munuza barbaro, qué dices?
Mun. Conocerás las firmas de tu hermana?
pues por ellas sabrás....
Pel. Será posible!....
Mi hermana infiel! Qué horror! Qué dices Moro?
Mun. Me estremezco al decirtelo: Confieso
que es noticia cruél; pero por eso
te la dice un amigo.
Pel. Cielo Santo!
mucho mal esperaba; mas no tanto.
Para esto de las armas espantosas
tu piedad me libró? Para este golpe
conservaste mi vida? O quánto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
que no ver mi deshonra! O Dios eterno,
porque no fue à Pelayo permitido
quedar en Campos de Xeréz tendido,
donde tantos Varones eminentes
murieron por la Patria: donde yace
en flor el hermosisimo Leandro,
Theodoro, y Ranimiro, y los valientes
Iñigo, y Sancho! O! Jarafin sobervio,
el mas cruel del Exercitó Africano,
por qué no exalé esta ánima mezquina
al rigor de tu invicta, y diestra mano?
O por qué no despedazó mi cuerpo
quando con filo agudo, y radiante
tantos Christianos miseros desgarra
de Tarif la espantosa cimitarra?
O la tuya, Alboâl, Capitan bravo
de los fuertes Maliques Alabeces?
O! bienaventurados muchas veces
los que alli fenecieron trastornados
de las sangrientas turbulentas ondas
del Guadalete, que llevó con saña
tanto cuerpo difunto al mar de España!
Mun. Pelayo, à tus promesas corresponden
esos estremos mal: no blasonabas
de corazon de porfido invencible?
Pel. Quién pensára que pena tan horrible
me hubiese de asaltar? la muerte fiera,
de barbaros tormentos motivada,
es lo que yo no temo: horror mas grande,
si acaso puede haberle, despreciaba;
pero tanto dolor no imaginaba,
ni à mi nobleza obliga el sufrimiento.
Mas cómo sin vengarme ni un momento
puedo vivir? Pero, Munuza, dime:
Es posible, que es cierto, que no hay duda,
que no te has engañado, que evidente
es quanto de Hormesinda me has cõtado?
Mun. Es el suceso tal, que yo no en vano
de mi verdad juzgué que dudarias:
Pero dime, Pelayo, te confias
de la fiel amistad que te profeso?
Pel. Sé tu amistad, y mi desgracia, y eso
me confirma en mi mal: Qué pena fuera
la que à mi corazon no acometiera?
Quál dolor me faltó para acabarme?
Mun. Aunque para contigo acreditarme
no necesito apoyo, es buen testigo
de mi verdad, Zulema.
Pel. Qué? Zulema
tambien lo sabe ya? Que tan estrema
es mi infelicidad, que aun el consuelo
de ser oculta me ha negado el Cielo!
Y que infame he de ser publicamente!
Mun. Conozco tu razon: no me consiente
mi amistad verte con serenos ojos.
Verás las firmas, de mi fé testigos,
y Alá Santo dirija tu venganza.

SCENA VI.

Pelayo, y Ferrandez.

Ferr. Y à tu infiel pecho el hierro de mi lanza. *ap.*
Pel. Qué es lo q̃ me sucede! Acaso el Cielo
conjuró contra mi todos los males

para rendir mi pecho solamente!
Tan grande es mi sobervia! Tan valiente
contra el Cielo mi espiritu he mostrado,
que tanto en abatirle se ha empeñado!
Qué no basta un dolor para rendirme!
Qué tantos han de ser, y los mayores!
Mas cómo inutilmente mis furores
al ayre desperdicio? Cómo tengo valor
para mirarme? Cómo un punto
vivo afrentado? Quien me ofende muera. *quiere irse.*

Ferr. Señor, adónde vas?

Pel. El que no quiera
conmigo de leal perder el nombre,
no me detenga.

Ferr. Dexa que me asombre
de tal resolucion, y en premio solo
de mis servicios, la intencion merezca
de escucharme un instante.

Pel. Cómo ignoras
la causa de mi mal, y es imposible
quepa en mi boca, aunq en mi pecho cabe,
me intentas detener, si lo supieras
de cobarde à mi brazo reprendieras.

Ferr. Ningun dólo, ninguna alevosía
por Munuza, y los suyos fabricada,
de mi noticia huyó.

Pel. Cómo en Munuza
caber puede traícion, ni en mi consuelo?

Ferr. Señor, si escuchas, apiadado el Cielo
quizá abrirá camino.

Pel. Qué camino
sin matar, ò morir ha de encontrarse?

Ferr. Mas quál obligacion mandó fiarse
de un infiel tan del todo?

Pel. No equivoques
las cosas malicioso: no los ritos,
no la contraria Religion al hombre
con el otro hombre à ser infiel obliga,
ni impide que la ley cada qual siga,
que halló en su educacion, ò su destino,
(arcano que venero, y no examino)
para que el pecho, à quien razon gobierna,
sensible à la amistad, al fin humano,
corresponda, à pesar del dogma vano.

Ferr. Si el pensamiento noble, y generoso,
que adorna la grande alma de Pelayo,
se difundiera en todos igualmente,
pensáras sin error.

Pel. No has escuchado,
que el mismo Tratamundo, q encargado
de Hormesinda quedó, tem[bl]ó al decirm[e]
su culpa? Aun quãdo fuese aleve el Moro
tambien será el Christiano delinquente

Ferr. Cielos! qué confusion!

Pel. No me consiente
mi impaciencia esperar::: Pero qué miro?
Qué asombro! Qué furor! Cómo m[i]
hermana
se atreve sin honor...? Por que liviana
à buscar mi presencia?

Ferr. Pran Pelayo,
esperanza, y blasón de nuestra gente:
si eres heroyco, si qual firme rayo
de Luz, de Cindasuintho, y Racaredo,
la ilustre sangre enardeció tu pecho,
dame palabra de escuchar templado
la razon de Hormesinda, ò de tu planta
no me levantaré.

Pel. Desconfiado
prometo la atencion; mas no es posible.

SCENA VII.

Hormesinda, Elvira, y dichos.

Elv. Llega, Señora.

Horm. Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco temblando: soy de hielo.

Pel. Su delito la aumenta el desconsuelo.

Ferr. No es delito el rubor.

Horm. Señor::: Hermano:::
Qué digo? Ay infeliz!

Pel. En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco.

Horm. Ay Cielos! Qué es de mi! Qué no
merezco
ni atencion, ni piedad? Qué es esto? Cómo
los ojos vuelves con ayrado rostro?
Hermano! O dulce hermano!

Pel. Infiel hermana.

Horm. Qué nueva ansia! Quál barbaro tormento
de nuevo me acomete! Quando aliento
de mi hermano me dió la confianza,
hallo este alivio! Es esta la esperanza
que en tí fundé, Pelayo?

Pel. Qué mas quieres
que ver que con indigna tolerancia,
viendote sin honor, mire primero
tus lagrimas fingidas, que tu sangre?
Pero remedíe el vengador acero
mi tardanza, y tu culpa.
Elv. Cielo Santo!
Horm. Ay de mí!
Ferr. Tén la colera, y la espada
por mí, por ella, y la palabra dada.
Pel. Pues ya que de leal, ò de imprudente
me intentas detener, recto Juez quiero
su descargo escuchar: nunca se cuente
que huvo Juez sordo: ni la mas violenta
pasion obste al que aspira à justiciero.
Mas qué disculpa (ò Cielos!) dar intenta?
Cómo es posible hallarla? O si la hallára!
Qué felíz fuera yo! Pero son vanos
inutiles deseos. Dí infelice,
desgraciada muger, q̃ hermana es nombre
que se estremece el labio, si lo dice,
Dí: son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la Patria tolerados?
Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa?
Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sangre del justo Racaredo?
Qué en medio de la colera espantosa
que oprime à tu Nacion, tú iniqua puedas
mirar su ruína con enjutos ojos?
Qué no tiembles de horror viendo despojos
de la muerte à los tuyos? Qué à Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron?
Murió gritando el bravo Theudiselo
del estrivo arrastrando, y su caballo
le lleva rebolcandose en el suelo.
Qué:::
Ferr. Escuchala Señor. *deteniendole.*
Elv. Piedad, Infante.
Pel. Quál puede ser satisfaccion bastante
de crimen tan horrendo? Así mantienes
el honor de tu estirpe, que sostengo
à precio de mi sangre, y de mi vida?
Para esto ver de Cordova yo he vuelto,
y Abdalasis mi cuello ha perdonado?
Qué en poco tiempo que falté à tu lado
mas perdiste, que en tantos infortunios
con inmensas fatigas yo he ganado?
O ley barbara injusta! O imprudente
Legislador, que promulgó primero
la ley cruel, que el credito, y la fama,
por la virtud mil siglos conservados
pendan de los volubles pareceres
de la fragilidad de las mugeres!
Mas no pudo embotar con fieros hados
la punta à las durisimas espadas.
Horm. Hermano:: Ay de mí triste! Infante:: Hermano.
Yo:: sí:: Qué horror! No hay culpa:: Quién pensára:::
Esto esperé:: Este apoyo. Amparo vano...
Triumphará mi enemigo:: Augustia rara...
Despues de mis desdichas:: Esto solo
faltaba à mi dolor:: Desamparada,
y ofendida:: O rigor! A quién los ojos
funestos volveré? Ya, ya el aliento
me falta, y yo tambien muero.
Cae desmayada.
Ferr. Al momento
socorred à la Infanta.
Elv. Ay Dios! Ay triste! *retiranla.*
Pel. Sufrirlo puedo apenas; pero viste
qual la puso en el ultimo conflicto
solamente el horror de su delito?
Son Munuza, Zulema, ni los Moros
los que lo dicen solos? Trasamundo,
y ella misma, que es mas, no lo publíca
con la propia afliccion de su deshonra?
Qué suplicio mas fiero à un delinquente
habrá, que hacerle su maldad presente?
Y habrá quien se oponga à su castigo?
Ferr. Yo, Señor, te suplico:::
Pel. Qué enemigo
aun serás de mi honor, y mi reposo?
Qué mas indicio quieres?

SCENA VIII.

Trasamundo, y dichos.

Tras. Valeroso
Principe nuestro: pues la ocasion llega
no la malogre, ni vengar dilates
la afrenta de tu hermana. Fue el suceso:::
Pel. Cielos! Otro dolor? Señor, no trates
tan funestos asuntos: la sangrienta
venganza que yo tome, te asegure

 de

de que estoy ya informado de mi afrenta:
no tú me lo renueves.
Traf. Informado
estás, y con verdad?
Pel. Ya nada ignoro
Traf. De lengua fiel?
Pel. El gran Dios que yo adoro
dirijirá mi brazo.
Traf. Y te parece
que hice bien en callartela?
Pel. Merece
tu lealtad mil premios.
Traf. Se creyera
delito tan atróz, y abominable?
Pel. Tan solo contra mí posible fuera.
Tra. Qué dirá el mundo? O crimen execrable!
Pel. Verás oy mi venganza.
Traf. Mis consejos,
mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
estamos à tal Principe obedientes.
Y oy ha de ser?
Pel. Los ultimos reflexos
no verémos del Sol, sin que yo fiero
la venganza execute, justiciero.
Traf. Dispon de nuestros bienes, y las vidas,
que ya son tuyas: un deseo ardiente
reyna en nosotros de mirar cumplidas
tus venganzas, y verte satisfecho.
Ferr. Solo la confusion reyna en mi pecho.

ACTO III.

SCENA I.

Salen Pelayo, Gaudiosa, Trasamundo, y Ferrandez.

Gaud. Es posible, Señor, que la fortuna
nos mire tan adversa, que vencidos
peligros tan inmensos, parecia
que fuese à amanecer un claro dia, (dos?
y en nuevo horror nos vemos sumergi-
Que apenas los Altares se ocultaban,
quemado el santo incienso, que ofrecia
por tu llegada, quando ya sus iras
parece que el Abismo ha conjurado
contra nosotros!
Pel. Al corazon fuerte,
Princesa, así los Cielos han querido,
y así porque le quieren le acrisolan.
No fuera yo de tu grandeza digno
con menos fieros males agitado.
Aqui te ofrezco un pecho acostumbrado
à mas terribles penas que la muerte:
y ojalá que à tus plantas ofrecerte
pudiera, como yo pensé algun dia,
los Reynos de los Godos estendidos
desde la ardiente Libia hasta Narbona.
Gaud. Tan solo à tu virtud, no à la Corona,
Señor, aspiro en tí: de mi amor casto
no son precio los Cetros de los Godos,
ni el Imperio Oriental: si dable fuera
que yo tus infortunios no sintiera,
la ocasion celebrára, que ya tengo
de mostrar que es à tí, no al poderío,
ni à la Purpura sacra el amor mio.
Pel. Basta, Princesa: O quién se hallára ahora
digno de tales voces! Mi desgracia
aún no es de tan gran bien merecedora.
Vase Gaudiosa.
Traf. Los Astures, y Cantabros famosos,
(Pueblo indomable, escandalo de Roma)
à inclinar la cerviz poco enseñados,
con tardía cadena mal atados,
buscan tus pies humildes, todos claman
por su Señor, por todos sus ancianos
la Religion, la vida, las haciendas,
y el alma depositan en tus manos.
Pel. Gran Principio ha de ser à las hazañas
de la restauracion de las Españas
mi venganza primero: en este dia
diles que admitiré la grande ofrenda
despues que vengue yo la afrenta mia.
Traf. Corto espacio imagino al grande intento.
Pel. Sobra à mi pundonor, sobra à mi aliento.
Tr. No desapruebo el noble ardor; mas dudo
de la celeridad.
Pel. Señor, no dudes,
ni pienses que la vida considero
mas que como castigo de mi afrenta,
mientras vive el culpado impunemente;
Ni imagine Gaudiosa, que yo intente
ofrecerla (qué horror!) mi enjuta mano
no humecida con aleve sangre.
Traf. Yo admito ese contrato, sí, y lo juro.

Qué

Qué grande alma! Qué heroyco! Cielo
Y Vos, Inteligencias Celestiales! (Santo!
en cuya proteccion espera España,
vuestra piedad venero: tan del todo
no aniquilasteis el aliento Godo,
quando en medio de tales infortunios
conservais, à pesar del Moro ardiente,
juventud tan heroyca, y tan valiente!
Vive dichoso, ò joven! Quién pudiera
seguirte con mas firme, y velóz planta
como en la edad pasada! Quando al Moro,
que ya está à mis heridas enseñado,
le hice volver al Africa gimiendo,
y el estrecho cogué con sus Navios,
caliente con su sangre, y al Rey Vamba
presenté de Bucefa el rico alfange.
O quién tuviera aquel antiguo brio,
la juventud gallarda, y floreciente
de aquel tiempo! O q̃ tiempo tan dichoso!
Quando contra Hilderico sedicioso
el justo Vamba al falso Conde Paulo
embió à las Galias, y el aleve Conde
amotinó el Exercito: en persona
fue el Rey à castigarle, y yo à su lado,
y el piadoso Monarca solamente
se limitó à quitarle el Talabarte,
que à mí me puso con sus propias manos,
el mismo que del hombro está pendiente.
Veisle aqui, y las insignias, y el Escudo
de su perfido Dueño: en dias solo
como éste en que Pelayo à vernos vuelve
le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.
Con él la vez postrera (ó dolorosa
memoria!) fui à ver al Rey Rodrigo,
que no le he visto mas: Qué lozanía
mostraba yo con él en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecia:
asi marchaba, y me planté à ese modo:
asi sobre las armas descansaba
quando alguno me habló. Mas qué simplezas
digo? Perdona, Infante, à un triste anciano,
que es este nuestro genio.

Pel. No lo sano
del discurso me aparta: otros asuntos
me retiran, Señor, de tu presencia.

SCENA II.

Ferrandez, y Trasamundo.

Ferr. Trasamundo, à tu zelo, y tu prudencia
toca evitar gran mal: sin duda alguna.
Mucho engaño padece nuestro Infante:
yo procuré advertirle, y no me escucha.
Tus canas: tu consejo:::

Tras. Ni mis canas,
ni mi consejo faltan à Pelayo.
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas
intenciones, por eso te haces digno
de que yo no calle una advertencia.
De los Principes siempre reverencia
los muy altos designios q̃ emprendieron.
Menos daño los Godos padecieron
quando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava, y sus amores.
Del Cielo los Decretos superiores
le hubieran castigado à él solamente.
Un Vasallo usurpó la accion del Cielo,
pues castigar al Rey toca à Dios solo;
y asi han llovido indiferentemente
desdichas sobre todos, aun mayores
que el daño à quien se dió venganza horrenda;
y siendo asi esto, hoy que venera España
tal Padre de la Patria, Rey tan justo,
de corazon invicto no domado,
en las duras batallas enseñado,
esperanza, y delicias de los suyos:
con quál extremo agradecer debemos,
un bien tan grande, y tan divino al Cielo,
que le costó cuidado el escogerle?

Ferr. Tu dictamen, Señor, de mi fiel zelo
nada dista.

Tras. Lo sé.

Ferr. Pero advertencias
con el debido obsequio no repugnan
à un Vasallo leal. Pelayo piensa:::

SCENA III.

Elvira, y Ferrandez.

Elv. Quién dará à mi Señora la defensa
que su desgracia necesita?

Ferr. El Cielo

no ignora mi cuidado, y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafio
defenderé à Hormesinda, y su pureza.
De una asta penderá la infiel cabeza,
y el morado albornóz de cifras lleno
bordadas por su Mora, haré se rinda
por alfombra al Estado de Hormesinda.
Elv. La suerte aun ese alivio ha de negarte.

SCENA IV.

Elvira, y Tulga.

Tulg. Munuza mi Señor, ácia esta parte
pensativo parece se retira,
quizá le aquexa algun gran mal, Elvira,
será en tí urbanidad el retirarte.
Elv. No me es desagradable huir su vista.

SCENA V.

Munuza, y Tulga.

Tulg. No está finalizada la conquista
de la Iberia, Señor, de tus piedades,
quién creyera ser hijas este dia
la infiel obstinacion, y rebeldía?
Mun. No sé con eso que decirme intentas.
Tulg. Gran Munuza, las prontas, y violenta
execuciones en rebelde gente,
aseguran el Cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
del vil Pueblo, un catastrophe sangriento
le reprime tan solo, y y insolencia
la excesiva piedad causa al cobarde,
pues juzga la piedad por cobardía.
De estos viles Esclavos quien diria
que volviesen à unir los Esquadrones,
haciendo ufanos de su gente alarde,
pues yá armados están. Nuestros parciales
nada me ocultan, ni ocultar quisieron,
que à Pelayo por Rey reconocieron,
y tu muerte solicitos i tentan
el morado pendon yá tremolando.
Mun. Qué dices, Tulga? Ese enemigo vando
de Esclavos foragidos, infelices,
à quien su abatimiento, y mi desprecio
los libertó de estár encadenados,
à tanto se atrevieron? Qué? Aún ignoran
que el poder Mahometico triunfante
trastornó los Imperios de Levante?
Y q̃ excediendo à Mario, en la abrasad
Libia, y sus espantosos arenales
hicimos, à pesar de sus Dragones,
de Catón la gran marcha celebrada?
No miran el joyél de mi turbante,
y el Real calzado, de su Rey despojos
y baldon suyo, que de mis enojos
huyó aunque herido, (el bruto rebentado
librandole la noche encapotada.
Si à España con Exercitos, armada
pusimos yugo en la cervíz altiva,
cómo podrá oponerse ya cautiva
al poder Sarraceno? Qué? Aún ignora
que una débil muger causa fue sola
de la infame cadena que hoy arrastra?
Pues otra muger pérfida echa al cuello
de España los postreros eslavones,
y el triunfo me ha de dar su misma muerte
Tulg. Cid Munuza: qué dices? De quál suert
tan dificiles máquines dispones?
Mun. Oye, y admirarás mis invenciones
Quando mi brazo, y prevenida gente
inutil fuera, ò la ponzoña ardiente
dispuesta para el fin, se malográra:
y quando la fortuna me estorvára,
que al cuchillo, ù al tosigo se rinda
la vida de Pelayo, y de Hormesinda.
Entonces, Tulga, quando parecia
que todo el gran proyecto se perdia,
le verás conseguir: su mismo hermano,
ò por sentencia, ò por su propia mano,
la dará muerte fiera. Horror tan grande
supe astuto infundirle: no lo dudes.
Mas si ni esto se logra, está Zulema
pronto à matarla à todo riesgo, y luego
sabrá esparcir la voz de que Pelayo
fue el barbaro, y horrible fratricida.
Y esta fama en los suyos estendida,
(la piedad infundiendo los rencores)
qué esperas que produzca, sino horrores,
escandalos, tumultos, y alborotos
contra Pelayo? Y de el furor valídos
en medio del motin de su vil Plebe
equivocada, muerte le darémos,
de sus mismos parciales ayudados.
Talg. Prontos tendrás tus Arabes soldados.
Mun. Asi toda la España sometemos

al Africano yugo, y les cortamos
la esperanza de nueva Monarquía,
aun quando à tal aspire su osadía.
ul. Solo encargo, Señor, la diligencia,
(antes que el ciego vulgo se repare)
pues ella en las empresas importantes,
principalmente el exito asegura.

SCENA VI.

Munuza, y Pelayo.

l. Quán en vano en un pecho generoso
los esfuerzos inutiles procuran
dar alientos à un noble, y ofendido!
Munuza amigo: si Pelayo ha sido
digno de tu amistad, pues tantas veces
nuestras desgracias has compadecido:
ayudame à sentir mi pena horrible,
y duelete del trance en que me veo.
O triste precision! Qué no es posible
hallar medio en mi grande désventura,
sino es el ser infame, ò fratricida?
Yo à mi hermana quitar la dulce vida?
Yo vivir por sus hechos afrentado?
Terribles dos extremos! Dime, amado,
y amigo muy leal, qué executáras
si en tal conflicto como yo te halláras?
un. Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
por tierna compasion no te lo digo;
pero lo que yo hiciera, esto seria.
En mi imaginacion yo fixaria
la augusta, y nobilisima ascendencia,
venerada de todas las Naciones,
llena de lauros, triunfos, y blasones:
el clamor de la fama voladora,
el pundonor de un noble delicado:
con qué poco se pierde lo ganado:
con qué facilidad se recupera:
quán poco à un corazon heroyco altera
ni el vinculo de sangre, ni otras viles
pasiones vergonzosas femeniles.
Quántos nobles exemplos dá la historia,
dando al alma valor con la memoria:
qué infame que es Noble ya afrentado:
qué heroyco que es un Noble ya vengado:
qué poco al ofensor nadie le debe:
qué hazaña es el castigo de un aleve:
quãto mas le cõviene à un Godo Hispano
ser Noble heroyco, q̃ afrentado hermáno:
quánto el vencerse à sí:::
Pel. Basta, Munuza.
Qué dices? Pues tan débil me imaginas,
que repare en estragos, ni en ruinas
por mi decoro? Morirá Hormesinda
con esta espada.
Mun. Lo que à tí te toca
sabrás sin duda hacer: como tu amigo
que soy, no debí yo ver un testigo
de tu deshonra: el complice perverso
sacrifiquè en tu honor con cruda muerte.
Pel. O fiel amigo! O Cielos! De tal suerte,
que todo el mundo ya mi bien procura?
Y solo aumento yo mi desventura
con piedad afrentosa? : : : Ya está dada
la sentencia fatál.
Mun. Quán generoso
es tu pecho, Pelayo! Qué glorioso
te verè sin tal mancha! Amigo digno
de Munuza, y entonces en tus sienes
pondrè (mi juramento te lo abona)
de Asturias, y Cantabria la Corona.

ACTO IV.

SCENA I.

Salen Pelayo, Hormesinda, Ferrandez, y Elvira.

Horm. No teneis q̃ animarme: à los vencidos
no haber ya que perder, infunde aliento.
No puede ser mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana sí; pero siquiera
viva mi fama, y no con mancha indigna
de mi progenie ilustre, reputada
por vil muger: cobarde, y desmayada
no me verás ahora: tu decoro
me aníma para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro, y à la llama
me entregarè gustosa; pero advierte,
que à tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en asesinos, y traydores.
No son Tu ga, y Munuza mis mayores
enemigos: me ofende mas Pelayo.

Pelayo, tú te acuerdas de la escuela
de nuestra dulce, y suspirada madre.
Ay madre mia! Dí, de nuestro padre
desgraciado los santos documentos
que nos daba, olvidaste; qué has creído
que los haya tambien puesto en olvido?
Juzgas que aquella educacion, y exemplo
faltó de mi memoria, haciendo agravio
à tus padres, y mios, à tí propio,
y à mí, q̃ soy tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traydor Munuza dice,
sin examen creiste: desgraciada
nací: la infame vida estimo en nada.
Mas no tendrás disculpa: cruel hermano
te llamará el Alarbe, y el Christiano.
Terribles infortunios te amenazan
entre los moros: las reliquias Godas,
reliquias de Tarif, y el fiero Muza,
que esta montaña conservaba, todas
serán aniquiladas. Traícion grande,
sin duda, hay contra tí: tendré el consuelo
de que muero sin culpa: no se diga
jamás que huvo en la hermana de Pelayo
mancha, ni dolo, y digase que muero
por tu gusto: mas ay! cómo algun dia
sentirás con dolor la muerte mia,
y con remordimientos inmortales
juzgarás de las furias infernales
alvergas en tu pecho, y la memoria
te atormentará horrible quando sepas,
que por creer la acusacion impía
de la canalla infiel Mahometana,
(q̃ horror!) mataste à tu inocẽte hermana!

Pel. Valgame Dios! Qué dices? Vive, vive,
mi hermana, mi Hormesinda, q̃ no puedo
tu llanto resistir.

Elv. Albricias, Cielos!

Ferr. Finalizaron ya los desconsuelos.

Horm. No à mi razon atiendas solamente,
mi inocencia sabrás de Trasamundo,
justo, y cierto será lo que él dixere.

Pel. Valgame Dios! Qué dices? Muere, muere,
desdichada muger, baldón, y afrenta
de Godos, y Españoles.

Horm. Qué? qué es esto
Pelayo? Aún hay mas penas?

Pel. Trasamundo
es tu mayor contrario. Pues crías
que apoyase su honor tus demasias?
No cabe en la virtud: él, él intenta
que con tu sangre lave yo la afrenta
de los Christianos, ni me dá à Gaudio
hasta que mueras tú, para mi esposa,
ni cómo era posible!

Horm. Ay Dios eterno! (venido golp[e]
Ah nuevo! Ah horrible! Ah impr[...]
Armóse contra mi todo el Infierno,
Tambien esto? Esto solo me faltaba:
Contra mi Trasamundo? Quién creye[ra]
tan repentino horror? De quien fiaba
oygo tal? Dónde irè? Pierdase todo:
Vida vil! Ya no quiero honor, ni vid[a]
Por mí volverá el Cielo. Ea matadme,
q̃ el mundo infame, y pérfido aborrezc[o]
porque con esto de una vez se acaben
(quando al cuchillo mi cerviz se rinda)
las horrendas desgracias de Hormesind[a]

SCENA II.

Hormesinda, Trasamundo, y Elvira.

Tras. Qué alteraciones en vosotras miro
Qué nueva confusion, y sobresalto
vuestro semblante anuncia? No perdam[os]
la esperanza, Hormesinda, q̃ aun no tod[o]
se anegó en Guadalete el valor Godo.

Horm. No es tiempo de callar: ya q̃ yo mue[ra]
no juzguen culpa en mí la cobardía.
Trasamundo, Señor, quién juzgaría
de vos tan gran maldad!

Tras. Precipitada
Hormesinda, qué dices?

Horm. Qué esperabais
de mí sino lamentos dolorosos,
eternas, y tristísimas querellas
por vuestro proceder tan no esperado
de vuestro exemplo, canas, y prudenci[a]
Conoceisme? Sabeis mi alta ascendencia
Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,
mi honestidad, virtud, recogimiento,
y régia educacion.

Tras. Lo sè, Hormesinda.

Horm. Pues en q̃ os ofendí? Por q̃ sangrien[to]
mi muerte procurais? Tal se creyera
del justo Padre en quien la Patria esper[a]
Vos prometisteis del traydor Munuz[a]
de-

defenderme: mas yo quien me defienda
de vos ya necesito. Tan infame
soy, que pedís mi muerte? Quál delito
me originó tal odio! Soy yo acaso
la que llamó à los duros Agarenos
de los altos Alcazares de Ceuta
con el rojo pendon de Lunas lleno,
y à voces à embarcar los animaba
contra los Godos en venganza ardiendo,
y incitando las armas espantosas,
que tan grandes desdichas nos trajeron?
Yo, misera infelíz, qué desventuras
à los Godos causé? Què formidables
Exercitos armè contra la Patria?
Yo no traje à Tarif desde Damasco,
ni de Libia llamè al sobervio Muza.
Misera! Què hacer pude que incitase
contra mí tal furor en los Christianos?
Yo lloré sus desgracias. No fue el Cielo
por mis ruegos tambien importunado?
No implorè sus piedades? Ofendida
mas q̃ yo quièn habrá? Quièn de la suerte
sufrió mayor tormento? El vil Munuza
valído del conflicto violentada,
me desposó con ritos execrables.
(Tiemblo de horror diciendolo) Ah cuitada!
Morirè sin vengarme! Aborrecida
de los mios irè profuga, y triste
à pedir el favor de los Infieles,
ò à morir entre barbaros crueles,
pues soy abominada, y Trasamundo
hasta verme morir, niega à mi hermano
de su Gaudiosa la ofrecida mano,
queriendola dotar con mi inocente
sangre, pues juzga que su estirpe afrente.

Tras. Hormesinda infelíz, mal informada
muger, què dices? Yo matarte intento?
Yo culpo tu conducta? Yo me afrento
de tu sangre? Yo hacer nada en tu ofensa?
Yo dexar de morir en tu defensa?
Cómo es posible!

Horm. Es vano el disimulo:
Pelayo, sí, Pelayo: él mismo ahora
acaba de decirmelo, y el nombre
de Trasamundo le excitó los odios,
q̃ à templar ya empezaba con mi llanto.

Tr. Què nuevo asombro es este? Cielo Santo!
Aqui hay gran mal oculto! Satisfecha
aún no está tu justicia, ya deshecha
en campos de Xeréz con rabia impía
la Goda triunfadora Monarquía?
Aun no con tanta sangre hemos pagado
del infelíz Rodrigo el gran pecado?
Què dura el justo enojo todavia?
Engañada Hormesinda:::

Elv. Infanta mia,
Trasamundo callad, que he divisado
à Munuza que viene.

Tras. De el malvado
quiero huir la presencia. Vendrè à verte.

SCENA III.

Munuza, Hormesinda, y Elvira.

Horm. No quede à mi dolor ninguna suerte
de alivio que no busque. Despechada
tendré siquiera el frivolo consuelo
de insultar con furor à mi enemigo
de furias implacables agitada.
En fin, Munuza, en fin:::

Mun. Si despechada
me pretendes hablar, à solas quiero
satisfacerte, haz que se aparte Elvira.

Vase Elvira.

Horm. Ya nadie escucha. En rabia, y mortal ira
arde mi pecho. Estás, cruél, contento
con mi desgracia ya? Quedó tormento
que no me hayas fierisimo buscado?
Engañar à mi hermano tú has logrado,
y hacerme aborrecible. El Dios eterno
de los Christianos, à quien firme adoro,
y en quien espero, los castigos justos
por infamia te dé tan execrable.

Mun. Muger desesperada: aunque mas hable
tu pasion, no se ofende mi grandeza.

Horm. Tambien ese desprecio? Ay tal fiereza!
Pues tú quien eres? Quáles tus acciones
son, sino infamias, robos, y traiciones?
Quándo entre Arabes fuiste tú estimado?
Y entre los nobles Godos qué has valido?

Mun. Valdré al menos los Godos que he
vencido?

Horm. Con infidelidad, y alevosías.

Mun. Ya no puedo sufrir mas demasías.
Ahora sabrás à quién has ofendido.
Con inaudita especie de tormento

 he

he do darte el mas barbaro castigo,
pues no oye ahora mi voz ningun testigo.
Conozco tu razon, sé tu inocencia,
que atropellé con impetu, y violencia.
A tu hermano engañé, te lo confieso,
por lograr tus favores, y por eso
con fingidas promesas fue embiado
à Cordova, y alli à ser degollado.
No se logró mi intento! Por gozarte,
pues no huvo otro remedio, desposarte
logré conmigo, aunque desesperada:
Pero tú, aunque conmigo desposada,
mi lecho abominaste: tal desprecio
pagué con tu descredito, y has sido
reputada por fragil: te ha adquirido
la infamia tu imprudente resistencia.

Horm. Viva mi honestidad en la presencia
del Cielo, y tengame por delinquente
el mundo, por tu exceso temerario.

Mun. No fue exceso: porq̃ el favor no alabas
de servir el Señor de sus Esclavas?
No te amé, y tanto bien tú le has perdido?
Qué mayor bien q̃ amor correspondido?
Corrido estoy, rabioso, y despechado
de no haber tus favores conseguido,
aunq̃ de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues sufre mis enojos: de mi mano
digna te quise hacer, y me ultrajaste.
No advertiste quien fueras, y quien eres?
A ser creyente hubieras ya ascendido
de la alta Religion de el gran Mahoma;
y por fin, con el tiempo hubieras sido
quizá la principal de mis mugeres,
y à tu hermano mandáras como Esclavo.
Imaginaste que tan necio fuese
que hablar primero à tí te permitiese
con lagrimas, y extremos engañosos,
propios de vuestro sexo, acostumbrado
con ellos à triunfar, y me expusiese
à un desayre tal vez? Eso querias?
Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
aprendi con astucias, y traiciones
el arte de engañar los corazones;
y sé, que al que se juzga poderoso,
la primera noticia impresion hace,
y es dificil borrarsela: excelente
virtud se necesita, que hay en pocos,
pues pocos imaginan, que se atreva
nadie à engañarlos, ni que serlo puedan.
Mira à quien ofendiste, desgraciada,
y no será (te juro) impunemente.
Quíen te librará ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
de mí le persuadí) poder me ha dado
de que haga yo justicia à mi alvedrio.
No hay piedad, ni remedio: tu desvio
te costará la vida, y al instante
à una hoguera voráz con mil cadenas
serás llevada presa à quemar viva.

Horm. Cielo! esto sufres? Fiera tan altiva
consientes en el mundo? Para quando
guardas los rayos? Quán abominable
maldad! y qué horrorosa! Detestable
Político infernal, feróz injusto,
Autor de los delitos mas atroces,
pérfido, de qual Monstruo de las Sirtes
fuiste engendrado? O si pluguiese al Cielo
que en las ondas se hubiera sumergido
con remolinos la maldita Nave,
que pasó à las riberas Españolas,
monstruo tan inhumano, y tan horrendo!

Mun. Para tu pena, y tu mayor tormento
vuelvo à decirte, que eres inocente;
pero todos te juzgan delinquente,
y has de morir infame, y despreciada
de los tuyos, y al fuego condenada.

SCENA IV.

Hormesinda, y Elvira,

Horm. En fin, qué no hay remedio à mis
Quien se vió en tal angustia? (desdichas?

Elv. Ay de nosotras!
reducidas de nuevo à ser esclavas
entre barbaros fieros, y crueles,
Adonde iremos, míseras cuitadas?
A que nos den por Arras à sus Moras,
à servir en sus baños deliciosos,
ò à labrar sus Marlotas, y Almaizares.

Horm. O! acabeme mi angustia, y mis pesares!

SCENA V.

Ferrandez, y Elvira.

Elv. Ferrandez, es posible que à Pelayo

no podais disuadir? Que solo pende
de su yerro la vida de su hermana,
y aun la suya, y la nuestra, y un tan leve
inconveniente causa tal desdicha,
tan facil de enmendarse, y no se enmienda?
Nueva especie de pena, y mas tremenda,
que si fuera la pena irremediable!

Ferr. Qué quieres q̃ en dolor tan lamentable
yo te responda, Elvira? Yo he fixado
carteles en que reto, y desafio
al que acuse à Hormesinda; mas Pelayo
mismo lo estorva: dice que es impío
modo de hacer justicia hechar la suerte,
ò en el mas venturoso, ò el mas fuerte.

Elv. Pues yo voy à morir con mi Señora.

SCENA VI.

Trasamundo, y Ferrandez.

Tras. Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
Quién lo hubiera pensado: Nos perdemos.
Ya el gran palenque, y grande hoguera vemos,
(horroroso cadahalso de Hormesinda)
en la llanura proxima que linda
con el muro, alli tiene el cruel Munuza,
esquadrones de yeguas Africanas,
sus tostados Lanjetes, y Barrajis,
con adargas de Fez resplandecientes,
aljubas, y alquifaes de escarlata
están sobre las armas: à los Cielos
sube la llama: Niños, y Doncellas
tímidas, los ancianos, y Matronas
suspiran con silencio, pues los Moros,
à los que oyen llorar los alancean.
Y culpan à Pelayo de sus lloros,
pues publica el pregon que asi lo manda.

Ferr. Qué esto se sufra? Una Española Infanta
morir asi? A los Principes se debe
advertir quando acaso se equivocan,
lo que es muy cierto, que saber quisieran!
Quien debe, y puede, ofende si lo calla.
No hace el Vasallo al Rey otros favores,
sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes, y traydores,
que los consejos no. (quando es preciso)
Los Vasallos leales de rodillas
advierten à su Principe llorando,
y él lo agradece: están los Españoles
esentos de sospecha, no à sus Reyes
solo veneran; sino aun al Tyrano:
responda Juba, y Cesar el Romano.

Tra. Mas es Padre q̃ Rey un Rey de España.

Ferr. Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil con lagrimas, decirle,
y haga entonces su agrado, q̃ à servirle,
y à obedecerle nadie irá mas presto.
Vamos, Señor, al punto.

Tras. Mas qué es esto?
Qué confusion! Qué estrepito se escucha!
Qué inquieta, y dolorosa vocería?
Ya oygo el rumor del Pueblo, ya vecinas
se oyen las armas, y aun lucir las veo:
ya suenan herraduras de caballos,
y à lo lexos el son de las sordinas. *ruido.*

ACTO V.

SCENA I.

Salen Tulga, y Trasamundo.

Tulg. Nada Munuza obró que con Pelayo
antes no consultase: asi de justo
logró el renombre, y de Pelayo ha sido
por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que à Munuza
repugne.

Mun. Qué es aquesto? Dí à Pelayo, *saliendo.*
q̃ oy verá mi amistad, q̃ oy se establecen
entre nosotros las propuestas paces
con pactos ventajosos.

Tras. Y Hormesinda
donde está?

Mun. A mí me toca ese cuidado.
Haré lo que su hermano me ha rogado.

Tras. Voy temblando, y confuso. *vase.*

Tulg. Está dispuesto
quanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
las Tropas, los amigos, las veredas,
los pasos, los caminos, las celadas,
los rumores, promesas, y zizañas...
Todo está, nada falta.

Mun. Pues al punto
entren à esa infelíz encadenada.

SCENA II.

Hormesinda con prisiones, Elvira, Zulema, Tulga, Munuza, Guardias de Moros, y algunos Christianos con grande aparato.

Horm. Ay infelíz muger! Ay desdichada!
Mun. Escuchad, Moros. Atéded, Christianos.
No juzgueis mis decretos por tiranos,
pues yo mas que vosotros me enternezco
de tan triste espectaculo, y tan tierna
juventud malograda, y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura;
mas qué he de hacer? Su Hermano à voces clama,
que la entregue à voráz, y ardiente llama:
Quizá tendrá motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
de el Miramamolin, y el gran Mahoma,
en su nombre executo la justicia,
las ordenes cumpliendo de Pelayo.
Zul. Tu compasion, y rectitud admira.
Elv. Señora! Ay de nosotras!
Horm. Solo es tiempo
de convertir ya en merito la pena.
Elv. Ay que desdicha! Ay muerte de horror llena!
Horm. En fin, que ni mis ruegos, ni mi llanto,
ni mi llanto tristisimo, y inutil,
ni mis tiernos suspiros arrancados
con profundo dolor de mis entrañas,
ni el transito fatál en que me veo
cercado de congoxas, y de angustias,
ni mi razon, ni mi inocencia al Cielo
pudo apiadarle! Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! A quién los ojos,
los tristes ojos de llorar cansados,
tanto tiempo en los Cielos enclavados
sin fruto, volveré? Por todas partes
la imagen espantosa de mi muerte
miro en vision horrenda: en vano fuerte
me intento hacer. Soy debil muger flaca,
de inumerables penas combatida:
mil enemigos mi inocente vida
tiene sin culpa. Ay barbaro tormento!
Infelíz Hormesinda! Ay desdichada!
donde voy? Qué haré? Precipitada
en un abismo de ansia, y desconsuelos
(qué pena!) estoy: Valedme, Santos Cielos!
Elv. Ay Dios! Ah España! Ay miseros Christianos!
Horm. Ay! El mas infelíz de los hermanos,
que esto quieres Pelayo! Ay! Si me vieras!
Ay! Como acaso ya te enternecieras
en ver à tu inocente hermana triste
en tal angustia, y trance! Ay! Y nacida
de las mismas entrañas que naciste!
Donde estás q̃ no me oyes? O Christianos!
Llevadle mis suspiros postrimeros,
decid que su ignorancia le perdono,
que resignada por su gusto muero.
Que solo siento el lance temeroso
quanto se desengañe: Ay! Quantas veces
repetirá mi nombre pavoroso!
Qué grande horror le espera! Dios eterno,
voy à morir cargada de cadenas?
Dadme en este conflicto fortaleza:
sirva mi muerte de exipiar la culpa
de España, y pague solo mi cabeza.
Un Christ. O trance horrible! O barbara fiereza! (rece.
Tulg. à Mun. Fortuna nuestro intento favo-
Horm. Mas ya que muera, si algo te merece
Hormesinda, Munuza, pues mi hermano
te fue leal, pues fuí de tí querida,
que me dés te suplico, no la vida;
sino la muerte menos rigurosa.
Mun. Qualquiera muerte es una misma cosa.
Horm. Pues muero yo, publíca mi inocencia.
Mun. Executad al punto la sentencia.
Hor. Ser una hermana por su mismo hermano
sentenciada à morir! Y sin delito!
Y à su enemigo pérfido entregada!
Qué atrocidad! O Cielo! Ay desdichada!
Mun. Vé infelíz à morir, y haz con tu vida
inutil sacrificio à tu Propheta:
A las Guardias.
Y vosotros guardad el gran suplicio,
hasta ser en cenizas reducida.

SCENA III.

Tulga, y Pelayo.

Pel. Triste imaginacion! Qué combatida
de funestas idéas! Mas qué estruendo,
y ru

y rumor de la Plebe ensordecido
turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga: es Munuza fiel? Me he equivocado
en el juicio que de él tengo formado?
lg. Eso dudas, Pelayo? Vendrá ahora
à firmar los tratados de Alianza.

SCENA IV.

Trasamundo, y Pelayo.

as. Gran Pelayo, fiel, y ultima esperanza
de la infelíz España que ya espira:
Qué es esto q̃ nos pasa? En qué desgracias
vamos precipitandonos?
l. El Cielo
así lo permitió: con menos fuertes
remedios no es posible que se cure
mi pundonor herido, y mancillado, (do
y aun doy gracias al Cielo, pues me ha da-
tan grande amigo, que à su cargo tome
mi deshonor, y à su venganza acuda:
Munuza, el fiel Munuza:::
as. El fiel Munuza?
l. El fiel Munuza, sí: qué te suspende?
. El fiel Munuza? O Cielos! Con q̃ entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
es su amigo?
l. Pues qué? de lo que digo
nadie se admirará?
as. Séme testigo
ò Dios que lo ves todo, que Munuza
es alevoso, es pérfido enemigo....
Sé que engañado vives: él sobervio
sacrifica à Hormesinda à su fiereza.
El es facineroso: ella inocente.
La lealtad de España es obediente,
y aun con importar tanto, dilataba
desengañarte, porque te enojaba.
l. Trasamundo, no adules mi deseo
con nuevos imposibles: si así fuera!
Mas ay! que es muy cruel mi suerte fiera!
as. No es cruél, es benigna, el Cielo quiere
volver por la inocencia de Hormesinda,
sin causa perseguida: despechado
Munuza de haber sido despreciado,
conociendo tu honor, te habló primero
que otro te hablára, para que severo
le dieras muerte, y odio te adquirieras
de tus Christianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudiosa, Ferrandez, y los Godos
todos lo saben; solo tú lo ignoras.
Pel. Con que fueron sus maximas traydoras?
Tras. Traydoras, y à tu muerte dirigidas.
Pel. Pues dime: y estas letras?...
Tras. Son fingidas
por mano infame del falsario Tulga.
Lo sé... Y la trama, y pérfido artificio...
Pel. Trasamundo: es verdad?
Tras. Pues aún lo dudas?
Dios Sacrosanto, que con infinita:::
Pel. Suspende el juramento: Y mi inocente
hermana dónde está?
Tras. Con sus doncellas
juzgo que está llorando recogida,
esperando la muerte por instantes,
para lo qual se la entregaste al Moro.
Pel. Yo al Moro la entregué? Yo.... Qué....
Qué dices?
Tanta vileza en la sobervia hispana
fuera posible... Dónde está mi hermana?
Voy à abrazarla, y voy con penetrantes
heridas à matar al falso Amigo.
Es verdad? O me engaño?
Tras. Lo que digo,
Dios eterno, confirmalo.
Pel. No estorves
mis venganzas, Señor, con detenerme:
O! qué funesto, y qué terrible dia
es este para mí de mi llegada!
Que tanta infamia estaba preparada!
Suelta, Señor. *Deteniendole siempre.*
Tras. Pelayo, los furores,
la precipitacion, ni la violencia
no lo remedian: solo la prudencia
puede valer quando el contrario es fuerte,
y si te precipitas, nos perdemos.
Deteniendole.
Pel. Eterno Dios! Qué dices? Me horrorizo.
O, Pelayo infelíz! Ay de mí triste,
hombre inconsiderado, y sin sentido!
Ay Dios! Qué iba yo à hacer? En un momento
quanto comprendo q̃ ignoré hasta ahora?
De qué sueño profundo yo despierto?
Qué horror! Ah vil Munuza! Ay Hormesinda

mi hermana! Mi querida, y dulce hermana!
Presago el corazon me lo decia.
Injusto fui en creerte yo culpada.
Yo tomaré venganza tan horrenda
de tu agravio, que al fin le satisfaga.
Y juro por las almas generosas,
que dejaron los cuerpos insepultos
ya blancos esqueletos, à la orilla
de el infausto, y sangriento Guadalete,
que si una muger fue la desventura
de España, otra será quizá la causa
de ser la mas triunfante Monarquía,
que à pesar de la tierra, y mar profundo
se iguale con los terminos de el mundo.
Dónde mi hermana está?

SCENA V.

Gaudiosa, y dichos.

Gand. Traícion hay grande.
Zulema, de el amor que me ha tenido
barbaramente ciego, no ha podido
un secreto callar. Que no bebiese
de el vino me encargó, que se ofreciese,
quando jureis las paces.
Pel. Ah traydores!
Dónde mi hermana está? *Queriendo irse.*

SCENA VI.

Ferrandez, y dichos.

Ferr. Creyó que fuese
facil, el vil Munuza, hacer odioso
su Principe à los claros Españoles:
No le valdrá su infamia: rodeados
de Tropa estamos ya por todos lados,
por traícion de los Moros.
Pel. Al instante
acudid à las armas. *Deteniendole.*
Tras. Calla, Infante.
No son esos estremos tan precisos,
ni anduvieron los tuyos tan omisos,
que no estén prevenidos à la muerte
por librar à tu hermana, y defenderte.
De Pedro, Duque de Cantabria, el hijo
está avisado: espera, porque à veces
no es licito en la Guerra errar dos vec[es]
Pues si el golpe se logra como espero,
contra el Africa vil de la montaña
rugiendo bajará el Leon de España.
Pel. Dónde mi hermana estâ, que no la ve[o]
Voy à buscarla aunq se oponga el mund[o]
Tras. Disimula un instante, porque cre[o]
que aqui va à echar el resto la fortuna
Vase Pelayo.

SCENA VII.

Zulema, y Munuza con grande acom[pañamiento], y dichos.

Mun. Oy se ve llena la Agarena Luna
de Gijón en la Torre envanderada.
Oy la paz, y alianza confirmada
se verá entre los Moros, y Christiano[s]
Yo haré justicia indiferentemente
en nombre del Califa soberano.
Entre unos, y otros oy establecemos
la confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dadivas, y estremos
la amistad se confirme: oy brindaremos
y en señal de la fé que os he jurado,
tan recta es mi justicia, que forzado
mi corazon piadoso, y informado
por Pelayo, que muerte merecia
su triste hermana, en este mismo día,
dando de mi virtud insigne muestra,
sin distinguir personas, Juez severo,
abandonando aquello que mas quiero,
la sentencie à quemar. Ya executada
estará la justisima sentencia.
Tras. Cielos, què escucho?
Ferr. Cómo tal violencia?
Mun. Esperad à Pelayo.
Gaud. Ay desdichada!
Hormesinda infelíz! Ay malograda!
Ay dulce hermana, y compañera mia
en todos mis trabajos! Esto habia
la suerte reservado à tu hermosura?
Ferr. Pierdase todo.
Tras. Nada se aventura.
Mun. Teneos, ò mis Guardias::: Mas què
es esto?

SCENA VIII.

elayo, trayendo à Tulga Tropa de Cantabros, Aſturianos, y dichos.

el. Eſto es, infame, haber ya conocido,
por la vil confuſion de un fementido,
tus traíciones: Ahí tienes al malvado
digno Miniſtro tuyo: ya ha apurado
por fuerza el vaſo que me preparabas.
De los terribles Godos eſperabas
otras dadivas que eſtas, alevoſo?
lun. Arma, arma, mis Alarbes, y Africanos.
el. Arma, Cantabros mios, y Aſturianos.
Ruido de guerra, y entranſe riñendo.
lun. Arma. *entrandoſe.*
ulg. Indigno Munuza, de tal dueño,
y tal ſervicio, premio tal ſe eſpera:
con deſeſperacion ardiendo muero.
El corazon de anguſtia ſe me arranca!
Ay què dolor tan barbaro me oprime!
Mil vivoras me muerden las entrañas.
Vaſe cayendo.

SCENA IX.

Elvira, y Gaudioſa.

lv. Ay infelíz! Gaudioſa: Ay deſgraciada!
Los barbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron: Què ſuſpiros!
Què llantos! Què ternezas! Què afligida!
Què muerta! Ay què terrible deſpedida!
aud. Què es eſto, Elvira? Ay Cielo! A tal extremo
la deſdicha llegó de los Chriſtianos?
Ay eſperanzas, y deſeos vanos
de nueſtra libertad! Mas dime... Cómo...
Por què à Hormeſinda tan deſamparada
dexaſte en tal anguſtia? Dí, el malvado
precepto habrá ya ſido executado?
v. Ya los ojos hermoſos la vendaban,
y à la hoguera voráz ya la acercaban,
cuyo eſtallido, y fuego conociendo
tembló, y tiernos ſuſpiros doloroſos
de nuevo ſe eſcucharon. Yo apartada
fuí con violencia, y à buſcarte vengo,
y à ayudarte à llorar.

Gaud. Pero què eſcucho?
Què eſtruendo de armas, y rumor confuſo?
Què roncos atabales, y bocinas
acercandoſe vienen? Qué lamentos?
Què aſombroſa algazara, y vocería?
Ay triſte Eſpaña! Oy es tu poſtrer dia,
mas fatál que en Xerèz! Ay de noſotras
expueſto el cuello al damaſquino alfanje!
Ay Cielo ſanto! Y què terrible trance!
Ya haſta aqui llegan: Ay! Aparta Elvira.
Moros, y Chriſtianos riñendo dentro.
UnChriſt. Oy ya la Eſpaña, ò barbaros reſpira.
Un Moro. Deſde oy ſereis con yugos mas peſados
conducidos à Syria encadenados.
Gaud. Elvira: Ay de noſotras infelices!
Mas quièn, ò Cielos! viene aqui?
Elv. Què dices?

SCENA X.

Hormeſinda, con las cadenas rotas, Gaudioſa. Elvira, y ſequito.

Gaud. Què veo? Es iluſion? Cómo? Hormeſinda!
Horm. Dexad que gracias à los Cielos rinda
por tal bien: puedo apenas explicarlo:
la Providencia aſi quiſo ordenarlo.
Ya la hoguera fatál me amenazaba,
quando veis alli à Alfonſo que llegaba
con ſus Ginetes: el gallardo Alfonſo,
hijo de Pedro, Duque de Cantabria.
Què ſangriento combate! Què terrible!
El rompió mis cadenas: ſorprendidos
huyeron los infieles:::

SCENA XI.

Traſamundo apreſurado, dichos, y Chriſtianos.

Traſ. Ya vencidos
quedan los Moros con horrible eſtrago,
y el barbaro Munuza, que esforzaba
la obſtinada defenſa, de Pelayo
vió eſpantado brillar la ardiente eſpada.
Se embiſten ferociſimos. Què aſombro!
Què eſpantoſo combate! Al fin el Moro
blasfemando colerico, y tremendo,
dió

dió un gran gemido, y con horrenda heri-
palido el rostro de color de muerte, (da
midió la tierra el barbaro espantoso,
mordiendola rabiando en sangre tinto,
rebolcandose inquieto, y con visajes,
quedando abominable, y horroroso,
con presencia infernal, yerto cadaver.

Gaud. Justisimo castigo, y no venganza.

Saca un Christiano la cabeza de Munuza clavada en una lanza.

Tras. Veis la horrible cabeza en esa lanza
manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
con ignominia lleva el vulgo al fuego,
q̃ antes para Hormesinda fue encendido.

Tod. Albricias! Qué ya el Cielo se ha apiadado.

SCENA XII.

Pelayo, Ferrandez, y dichos; y Christianos con espadas desnudas.

Pel. Perdonas à un hermano, que engañado
con tanto indicio, aunq̃ por tiempo breve,
dudó de tu virtud?

Horm. Hermano mio.... *Abrazase.*

Pel. Digna de ser hermana de Pelayo.
Mi hermana! Mi Hormesinda, herman
amada...
Que logro verte viva, y verte honrada.

Horm. En qué peligro estuve!

Pel. Destilando
viene aun mi espada la caliente sangre
de tu enemigo: Vesla aun exalando
el ultimo vapor?

Horm. Dios Soberano
volvió por mi inocencia.

Pel. Pues lo allana
todo el Cielo, marchad à Cobadonga.
Desde alli la conquista se disponga
de España, y escarmienten los Tyranos
y en su prosperidad no estén ufanos:
Ni jamás desespere el inocente,
pues Dios hace justicia; y si enojado
nos castigó en Xeréz, ya se ha apiadado

C O R O.

O si pluguiese al Cielo
que Pelayo lograse,
como ha logrado esta feliz hazaña,
la mas gloriosa de librar à España!

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutò, Impresor, y Librero.

